

¿Qué sirve ese cielo azul
En cuyo centro adunó
Mil nubes tornasoladas
En caprichoso montón,

Si todo no es más, al cabo,
Este universo, Señor,
Que de una inmensa familia
El inmenso panteón?

¿Qué sirve á esa calavera
Una existencia de honor,
Una vida de virtudes,
De crimen ó de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo
De penitencia ó de amor,
La corona ó la cadena
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba,
Al salir de esta mansión,

Como una máscara inútil
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado
Por la infamia ó el blasón
Del dueño que en ese osario
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
Su sonrisa me hace horror,
Y su boca tiene ahogada
En su garganta la voz.

¿Qué espera? Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
Eternamente riendo
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda
Que conduce al panteón,
Diciendo á cada viajero
Con eterna risa:—¡Adiós!



LAS HOJAS SECAS

Á MI MADRE

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde y borra....
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasan-
Cruza en el viento descarriada y sola, [do
Prensan mi corazón, y á mis pupilas
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo
Lamer su orilla con azules ondas,
Y al resplandor del trémulo sepulcro
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver, tras el opuesto monte,
Hundir al sol su faz esplendorosa,
Y despedirle desde el hondo valle
Al compás de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,
En dulces sueños delirando sombras,
Perderme en la floresta sin camino
Ideando quiméricas historias.

La mía es triste, cansa y no interesa;
Sin aventuras intrincadas, corta;
Es una historia solamente mía,
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso,
En que nada sucede, nada importa;

No sé comprende, pero no se olvida,
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
Temo profundizarla, y sus memorias,
Como gotas de mágico veneno,
Caen en mi corazón una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora
Los labios de coral que me colmaron
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba
Las hebras mil de mi melena blonda,
Tejiéndome coronas en la frente
De azucenas silvestres y amapolas?

[ces,
Era ¡ay de mí! mi madre; alegre enton-
Tranquila, amante, como el alba hermosa;
Jamás me ha parecido otra hermosura
Tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras;
Más os detesto cuanto más vosotras
Tenaces me seguís; ya no sois nada,
Cesó el festín, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre; sus ardientes besos
Con vuestra vil presencia se inficionan;
Idos en paz, que el llanto de sus ojos,
Del alma impura vuestra imagen borra.

¡Madre, te encuentro llorando!
 ¡Ah! ¡No atiendes á mis voces!
 Mirame, ¿no me conoces?
 ¿Tan mudado, madre, estoy?
 ¿Tan pronto borrar pudieron
 Mi rostro las desventuras?
 ¡Bebí tantas amarguras!.....
 Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!
 Tu corazón, ¡cuán opreso!
 Madre, ¿no tienes un beso
 Ni una queja para mí?
 ¡Lloras! Beberé tu llanto.....
 Mas abrasan tus mejillas.....
 Heme, madre, de rodillas
 Avergonzado ante ti.

Apartas de mí los ojos;
 Sufres viéndome, lo veo;
 Mas estoy como está el reo,
 Humillado ante su Dios.
 Tornadme el rostro, señora,
 Y aunque lo tornéis severo,
 Aunque sea el favor postrero
 Porque me ausente de vos.

Lo sé: receláis acaso
 Que vendí vuestro cariño
 Por el impúdico aliño
 De otro amor más terrenal.
 Este color de mi frente
 Tal vez os parece impuro.....
 ¡Oh, Madre mía, os lo juro:
 Me habeis comprendido mal!

Soñé, y me desvanecieron
 Mis fatales ilusiones;
 Sentí mis locas pasiones
 Dentro de mi pecho arder.
 La tempestad era horrible,
 La noche lóbrega, densa,
 La mar tormentosa, inmensa,
 Mi barca débil..... ¿Qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
 Déjeme llevar del viento;
 Sacóme el mar turbulento
 otra playa de ilusión;

Yo á lo lejos la miraba:
 Y era una tierra tan bella,
 Que el pasar, madre, por ella,
 Fué terrible tentación.

Bebí el agua de sus fuentes,
 Gocé el aura de sus flores;
 Embriagado en sus amores,
 En sus bosques me adormí;
 Allí, el placer me esperaba;
 Vos, en la opuesta ribera.....
 Horrible tentación era,
 Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba
 Glorioso laurel naciente;
 Yo le arranqué de mi frente;
 Pensaba en vos, y le hollé.
 Allí que ío entre la arena,
 Y, al lanzarle, dije:—Crece,
 Que si mi sien te merece,
 Más ansioso volveré.

En vano mis ilusiones
 Me acosaron tumultuosas;
 Á las ondas procelosas
 Me arrojé audaz, y volví.
 Sin fuerza, sin esperanza,
 Madre, en mi congoja fiera,
 Tu imagen fué la postrera
 Que guardé mientras viví.

¡Mas tú, inconsolable lloras
 Sin atender á mis voces!
 ¡Mi vida! ¿No me conoces?
 ¿Tan mudado, madre, estoy?
 ¿Tan pronto borrar pudieron
 Mi rostro las desventuras?
 ¡Bebí tantas amarguras!.....
 Pero, al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando,
 La faz amorosa escondes!
 Te llamo y no me respondes:
 ¡Tanto, madre, te ultrajé!
 Te entiendo, por fin: yo solo
 No basto ya á consolarte;
 Me será fuerza dejarte,
 Y á la mar me volveré.

Mas oye: Es el otoño; rebramando,
 El ábrego los árboles sacude;
 De roncós cuervos el siniestro bando,
 A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en Occidente,
 Y allá en la falda de espinoso risco,
 Guía el pastor, con paso indiferente,
 Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría,
 De sus verdes doseles se despoja;
 Y al empuje de ráfaga bravía,
 El bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego las huella y arrebata,
 Las arrastra en revuelto torbellino,
 Ciega en la fuente la serena plata,
 Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno
 Y esqueleto fantástico, semeja
 Cada desnudo tronco, un día lleno
 De la sombra magnífica que deja.

Flores, ¿en dónde estáis? Y ¿dó se esconden
 Los céspedes que amenos os cercaban? [den
 ¿Cómo los ruisñores no responden
 Al són de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente
 Donde á beber bajaban las palomas?
 ¿Qué es del aura que erraba suavemente,
 Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del Abril se marchitaron,
 Los céfros errantes se extinguieron,
 En ayes los murmullos se tornaron,
 Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso
 Hay en vez de una fuente una laguna,
 Y en las ramas del álamo pomposo,
 Las hojas se desprenden una á una.

Así, madre, van mis días,
 Con las hojas de consuno,
 Desprendiéndose uno á uno
 Al vaivén de la pasión.

Y así van las ilusiones
 De mi esperanza importuna,
 Desprendiéndose una á una
 De mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas
 No volverán á su rama;
 El cierzo las desparrama,
 La lluvia las pudrirá.
 Como el bosque queda triste,
 Y silencioso y desnudo,
 Seco y solitario y mudo
 Mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas
 Que ayer nos prestaron sombra,
 Ni aun las querrá por alfombra
 El tornasolado Abril;
 Míralas, madre, cuál ruedan
 Entre la arena perdidas,
 Holladas y sacudidas
 Por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,
 Nuestras miserables ficciones;
 Eso son nuestras pasiones,
 Nuestra vida terrenal:
 Nacen, dan sombra un instante,
 Suenan, se mecen, se cruzan,
 Caen, ruedan, se desmenuzan,
 Y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo
 Del cierzo desaparecen,
 Otras en el árbol crecen
 Y se apiñan otra vez;
 Mas yo iré, cual hoja seca
 Por el viento desprendida,
 Arrastrando de mi vida
 La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento
 Irá por doquier conmigo,
 Como verdugo y testigo
 De mi perdurable afán.
 Y cuando á su vieja llama
 Encanezcan mis cabellos,
 Madre, debajo de aquéllos
 Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes
Que por mi memoria vagan,
Estos recuerdos que amagan
No dejarme hasta morir,
Hojas secas de mí mismo,
Que arrancadas de mi centro,
A mí asidas las encuentro
Sin poderlas desasir,

No pasarán como pasan
Esas hojas del otoño;
Ni tienen otro retoño,
Ni tampoco tendrán fin;
¡Llévate el viento y no las lleva,
Mata la lluvia y las perdona;
Húgalmente las abona
Al desierto y el jardín,

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde ó borra.....
¿Soy infeliz? No sé. Mas vivo triste
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa
Como en alas del ábrego las hojas,
Como del vago céfiro los ayes,
Como del mar las fugitivas ondas?



¿Crees tú que pasarán para tu hijo,
Como del bosque la agostada pompa,
Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,
Que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado
A playas extranjeras y remotas,
Corre tras la molicie y los placeres,
Busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela, en climas aparta-
Libre gozar su juventud fogosa? [dos,
¿Crees que, olvidado de su madre, viva?....
Quien lo dijo, mintió, madre y señora,

Doquier que arrastre su existencia in-
Suerte feliz ó misera le acorra, [útil,
Ya duerma en los harapos del mendigo,
Ya en blanda pluma de opulenta alcoba,

Ya espere un porvenir sin esperanza,
Ya circunde su sien verde corona,
En la mazmorra, en el alcázar....., madre,
Dondequiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu ima-
Nunca pasa, se olvida, pierde ó borra, [gen
Como pasan al aire del otoño,
Del bosque umbrío las marchitas hojas.

À BLANCA

Despierta, Blanca mía,
Que ya brillante y clara,
A largo andar se viene
Riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
Los ruiseñores cantan
Sus amorosas letras
Saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
Y al bosque ameno baja,
A dar al campo enojos
Y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,
Que quien aquí te aguarda
No ha de cansarte, hermosa,
Contándote batallas.

No de su noble stirpe
Los títulos y hazañas
Te contará altanero,
Ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas
Razones estudiadas,
Costumbres y opulencias
De tierras más lejanas.

Ni en versos lastimeros,
Al ronco son del arpa,
Lamentará, fanático,
Desastres de su patria.

No; lejos de nosotros
Creencias tan livianas,
Estúpidos ensueños
Que son al cabo *nada*.

Despierta y ven al bosque,
Donde te espero, Blanca,
Por verte más hermosa
Que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos
Con que la hierba blanda
Convida, al són acorde
De fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
Sobre la frente vagan,
Y las pintadas flores
Revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos,
Y murmuran las ramas
Al compasado impulso
De las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas
De las rocas lejanas,
Cubiertas de rocío
Sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,
Seguridad y calma.
¡Oh! Ven, paloma mía,
A la floresta baja.

¡Oh! ¡Cuán hermosa viene!
¡Qué bella estás, mi Blanca!
Cantad, parleras aves,
Cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos.
¿Qué espero? ¿Qué me falta?
La dicha de mirarte
Me enajena y embriaga.

Y..... lejos de nosotros
Los mundanos fantasmas,
La gloria y el renombre,
La grandeza y la patria.

Locuras, Blanca mía,
Ridículas palabras;
La gloria y la grandeza
Son ilusiones vanas.



¿Te ríes, vida mía?
¿Recuerdas aún las lágrimas
Que un día por la gloria
Vertí sin esperanza?

¡Oh Blanca! Era otro tiempo:
Ya más segura el alma,
No soy más que un poeta
Que ocio y placeres canta.

¿Aun ríes? Cómo brillan
Tus pupilas..... Me abrasa
No sé qué fuego en ellas.....
¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,
Todo en la tierra pasa;
Dame un beso y, si quieres,
Rompe mi lira, Blanca.



CANCIÓN

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prisión,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en triste són.
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis días
Mi esperanza carcomiendo;
El valor va sucumbiendo,
Vase helando el corazón.
Cuanto espero, desespero,
Que en destierro tan tirano
Sólo escucha el viento vano
Mi cantar y mi afición.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oído, vida mía,
Mi canción llegar pudiera,
Yo sé bien que no muriera
Al rigor de mi prisión.
Mas tú gozas descuidada,
De mis cuitas bien ajena,
Mientras ronca mi cadena
Me acompaña en triste són.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces, despertando
Por el cristal del deseo
Me imagino que te veo
En amorosa ilusión!
Yo te llamo y te acaricio,
Los brazos audaz te tiendo,
Mas tú me huyes, y yo entiendo
¡Ay de mí! que sueños son.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Ríe y canta, y goza y vive,
Mientras sueño, y canto, y lloro
Los hechizos que en ti adoro,
Vida y sol del corazón.
Aquí, en tanto, hermosa mía,
¡Norte y faro de mis ojos!
Al rigor de tus enojos,
Y al dolor de su pasión,

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prisión,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en ronco són.
Abrele, viento, camino á la voz.

